

# Con más vidas que un gato

José Hugo Fernández  
Escritor y Periodista

Es una suerte que a los 87 años de edad, Walterio Carbonell continúe vivo y coleando. Ojalá no muera nunca, algo que en medida especial depende de nosotros, los cubanos, todos, donde quiera que estemos. Si acaso lo lamentable es que no haya escrito (sólo él y sus Egguns saben si fue porque no pudo o porque no quiso) una continuación del enjundioso, incitante, polémico, iluminador y también alebrestado ensayo *Cómo surgió la cultura nacional*.

Este hijo de Jiguani encarna a un tipo de intelectual que hoy es extraño entre nosotros, por escaso: el que se cuida de vivir en paz únicamente con su conciencia. Es el escritor que no contempla mayor recompensa ni ufanía que las que proporciona la cuartilla recién concluida, el que se consagra al trabajo sin pausa y sin pose, cada día, cada minuto, hilvanando ideas cuyo objetivo no es la búsqueda del renombre, “esa cosa ruidosa”, sino la recuperación del equilibrio en la memoria histórica. No son pocos los que han pretendido reducirlo al papel de simple disparador de juicios incómodos, incluso desafortunados y/o desatinados. Lo mejor, es decir, lo peor para los conservadores y los zorros de todos los bandos, es que Walterio Carbonell ha sabido argumentar

muy bien lo que dispara, con sólidos conocimientos en la base y claridad en las intenciones, sin detenerse a sopesar consecuencias.

No debe sorprender a nadie entonces que en la recta final de su carrera por la existencia se conserve intacto como lo que siempre fue: un atravesado para los dogmas del poder en Cuba y un recalcitrante para ciertos memos del exilio. Abundan (y son bien conocidos) los que por encima de méritos intelectuales o de cualquier otra índole, han medrado en la Isla durante casi medio siglo a costa de viejos vínculos de amistad con quien sostiene la sartén por el mango. A Carbonell esos vínculos le sirvieron apenas para granjearse enemigos dentro y aun al margen de la política. Su caso es singular: se atrevió a disentir pública, abiertamente, pero sin deponer sus simpatías por lo que aún considera la revolución y sin permitirse el resentimiento o la amargura por las represalias. No le dio la gana de abandonar el camino que dice haber escogido desde joven, aunque tampoco se hizo cómplice de las inconsistencias y los desmadres de sus presuntos compañeros de ruta ideológica. Mucho menos se ha dejado someter. Representante de la raza irreductible de los jaquetones, ha vivido, vive, tal como le cua-



dra: en la oscuridad, pero sin perder la compostura; silenciado, pero sin atragantarse con lo que piensa; al margen, pero sin que ello le nuble el buen humor y la curiosidad, que son atributos de su inteligencia en llamas; alienado pero sin dejar de pulir el ópalo de su lucidez.

Y como él es su obra. No podría ser menos, en tanto lo refleja y lo expone desde los pies al pelo.

En el año 1961 publicó Carbonell *Cómo surgió la cultura nacional*, un ensayo que no es sólo radical y alborotador (el más radical y alborotador de la historiografía cubana), sino que además, sobre todo, constituye un punto de partida ineludible, al tiempo que una herramienta básica para el repaso de temas y enfoques que todavía hoy

flotan en la ingravidez más inexplicable (y penosa), quizás porque, como él mismo expuso con su tono tajante: “En nuestro país se ha hablado de la cultura nacional en forma trivial o reaccionaria”<sup>1</sup>.

Partiendo de una concepción (marxista-leninista) de la historia que le dispensaría por igual aciertos y tropiezos, pero que indudablemente le facilitó las armas que necesitaba para dinamitar convenciones y destronar paradigmas fofos, él se propuso en este ensayo el enjuiciamiento de los “fundadores de la nacionalidad cubana”, denominados así, no siempre con total justeza, por la generalidad de los manuales de fechas anteriores (y posteriores) a la publicación de *Cómo surgió la cultura nacional*. En síntesis, Carbonell reclama el reconocimiento

de los aportes y aun del protagonismo del negro como elemento de cardinal trascendencia en la formación de nuestra nacionalidad, no obstante lo cual había sido (y es aún, en desconcertante pertinacia) colocado en un segundo plano por la mayoría de los historiadores.

“Virar la tortilla” es una locución que entre nosotros equivale a revolucionar las cosas, a contraatacar atacando, y ese justamente parece haber sido el interés de Walterio Carbonell al escribir este ensayo, donde no deja títere con la cabeza sobre los hombros, aunque (y esto debe ser clarificado desde el inicio) cada vez que los descabeza lo hace basado estricta y meticulosamente en su condición de ídolos falsos, jamás porque se trate de ídolos blancos.

Sin embargo, lejos de concitar al debate constructivo, impostergable, enriquecedor (aún más en aquellos días de clamorosas conquistas revolucionarias), *Cómo surgió la cultura nacional* no reportó en principio sino malestares y desengaños para su creador. De hecho, aún antes de haber terminado de escribirlo, Carbonell había recibido ya un adelanto de los contratiempos que iba a acarrearle. Y dio cuenta de ello en las propias páginas del ensayo: “Desde que puse en interrogante la tesis del “rescate” en una reunión de escritores y artistas celebrada en la Biblioteca Nacional, en la que participaron el Primer Ministro Fidel Castro y el Presidente de la República Osvaldo Dorticós, al llamar la atención de que no debían rescatarse a los escritores reaccionarios del pasado, los partidarios del rescate total me han estado aludiendo en la prensa y la televisión sin citar mi nombre”.

Se diría que desde su praxis las reservas de Carbonell en torno a los llamados “fundadores de la nacionalidad cubana”, prometieron ser (o al menos así fueron tomadas

por muchos, casi todos) más desafiantes y revolucionarias que la revolución misma. De modo que si bien algunos de los planteamientos del ensayo ya habían sido esbozados antes, pálidamente, y serían retomados después, con mayor y menor profundidad, sobre todo por los historiadores de filiación marxista, otros (de los más sustanciales) naufragaron en la costa, como suele decirse, ya que en este minuto todavía se ignoran soberanamente o no son mencionados sino con reticencias.

Eso sin contar con que acerca de *Cómo surgió la cultura nacional* puede afirmarse ahora mismo lo que el propio autor afirmó sobre otro libro (escrito precisamente por uno de los fundadores de marras): Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos, de José Antonio Saco, “libro que –según Carbonell– por una de esas raras coincidencias los historiadores apenas citaron y los intelectuales jamás leyeron”. Aunque tal vez no esté de más puntualizar que tales coincidencias no nos parecen hoy tan raras, en ninguno de los dos casos.

## *Verdades como puños*

Las dos primeras conclusiones que el propio Walterio Carbonell extrae de su ensayo, dan fe de su hondura y del carácter tanto revolucionario como sumamente atinado de los objetivos que se trazó. En la primera ratifica: “La tesis esencial de este ensayo es que el nacimiento y el desarrollo de la cultura nacional es en primer lugar un producto de la lucha de clases, de la lucha entre las clases fundamentales de la sociedad colonial: esclavistas y esclavos. Tesis que se encuentra en abierta contradicción con la tesis de los historiadores burgueses y sus seguidos-

res, quienes deducen la formación de la conciencia y la cultura nacional durante el siglo XIX de los conflictos entre los esclavistas azucareros y la metrópoli española”.

En la segunda de estas conclusiones (que son nueve en total, todas acuciosas y removedoras) sostiene: “Que habiendo sido los esclavos el motor de la economía colonial y a su vez la clase más explotada, la más sufrida durante el siglo XIX (1800 a la Paz del Zanjón) devinieron las clases más revolucionarias. Esta deducción de la teoría marxista es comprobada por las propias acciones revolucionarias de los esclavos de Cuba. Los propios hechos históricos así lo demuestran. Esta tesis también es contradictoria con la tesis de los historiadores y sus seguidores, quienes convierten a los esclavistas azucareros (hacendados) en la clase más revolucionaria”. Ambas conclusiones de Carbonell podrían ser catalogadas hoy como obvias o hasta elementales. Mas no será ocioso recordar que en la época en que fueron escritas restallaron como puñetazos en el tronco de las orejas conservadoras de casi toda la historiografía cubana editada hasta entonces. Y no sólo eso, sino que además, con todo y su llana obviedad, todavía suelen ser descalificadas por muchos, tanto desde afuera como dentro de Cuba.

De igual manera, Carbonell esgrime en su ensayo un montón de verdades que aunque nadie repite, muy pocos aplauden y aún menos suscriben, resultan sintéticas, duras, conminatorias como puños. He aquí otro ejemplo: “En nuestro país se ha hablado de la cultura nacional en forma trivial o reaccionaria, al punto que resulta vergonzoso contemplar a ciertos radicales convertidos en panegiristas a la manera burguesa de Parreño y Saco, furibundos colonialistas, enemigos encarnizados de la inmensa mayoría de la población de su tiempo, ya que por

lo menos el sesenta por ciento de la población era negra y mestiza, en tanto que silencian el nombre de José Antonio Aponte, el primer gran batallador por la nacionalidad sin esclavitud ni coloniaje y de José María Heredia”.

Como puños cerrados (sólo que iluminan a la vez que golpean) irrumpieron también en nuestra historia ciertos planteamientos incluidos por Carbonell en el capítulo IV, subtítulo precisamente Cómo se formó la cultura nacional. Un muy somero examen bastaría para constatar que parecen escritos hoy mismo. Veamos el siguiente: “¿Bajo qué factores españoles y africanos se despojaron de su formación psíquica y cultural en Cuba? ¿Bajo qué factores adquirieron una nueva formación psíquica y cultural como para poder calificarlos de cubanos? Esta pregunta hay que plantearse y resolverla adecuadamente para comprender cómo se formó la Nación y la cultura nacional, y para saber qué es auténticamente nacional y qué no es. Las invocaciones patrióticas de los historiadores burgueses todavía al uso, han arrojado muy poca luz sobre estos temas. Y si los revolucionarios de la nueva generación desean resolver adecuadamente los problemas de la formación de la Nación y de la cultura nacional, deberán evitar el camino trillado”.

También es muy acertado e iluminador este otro criterio, expuesto en el mismo capítulo, casi a continuación del anterior: “Por otra parte, ni la Nación ni la cultura nacional son exactamente las clases sociales, son un producto. De esto se deduce que el problema de la formación de una nación y su cultura nacional requiere un análisis que va más allá del puro análisis de las condiciones materiales de una sociedad y sus conflictos clasistas. Y en el caso de Cuba las cuestiones se complican porque en el siglo XIX, y en

los anteriores también, no sólo estaban en conflicto las clases fundamentales: esclavos y esclavistas, sino también la formación psíquica y cultural de la población española y africana”.

Son demoledoras y justas las críticas que Carbonell lanza a los historiadores tradicionalistas en cuanto al modo en que enfocan el nacimiento de la conciencia nacional cubana. Y es más que agudo, brillante, cuando ironiza amargamente: “Otro ejemplo de cómo se formó la conciencia nacional: en 1837 la monarquía deja sin representación a las cortes a la ilustre clase de los terratenientes esclavistas; entonces se producen gritos y protestas. Los “criollos” gritan espantados ante el “terror” implantado por Tacón. ¿Se espantaron alguna vez del terror impuesto por ellos mismos contra los esclavos?”.

Carbonell ataca con ardor pero con limpia pertinencia “las ideas reaccionarias de la primera mitad del siglo XIX, el período de los grandes escritores partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, de la democracia con esclavitud o de la repatriación de los negros hacia el África”. Y una vez más hay que decirlo: su ensayo goza de una aleccionadora actualidad en tal sentido. “De las acciones y reacciones de las clases antagónicas del siglo XIX emerge la conciencia nacional —expresa—. Durante su curso se ha operado una “autodestrucción” ideológica y ambas clases en sus luchas han preparado su reencuentro en una esfera más elevada: la nacionalidad. De todo esto se deduce que la conciencia nacional no es un fenómeno producido por las actividades de cuatro gatos, por muy inteligentes que sean los cuatro gatos, y justamente lo que hacen los historiadores es deducir la conciencia nacional de las actividades de los cuatro esclavistas que se reunían en el Ayun-

tamiento de La Habana, en el Consulado y en la Sociedad Económica. Por muy influyentes que fueran Parreño, Luz Caballero, Saco, Del Monte, en el seno de la sociedad colonial esclavista, mediante sus informes e ideas, la nación no podía haber nacido de la cabeza de estas bellas Minervas, sino de las bases mismas de la sociedad de los explotadores y de los explotados”. Más claro, con menores contemplaciones, no podría decirse, y muy probablemente no lo dijo nadie antes que Carbonell. Y todavía asevera: “No hay por qué confundir, como suelen hacerlo algunos revolucionarios de izquierda, las contradicciones entre los diferentes grupos esclavistas con la nacionalidad ni con la cultura nacional. No hay por qué exagerar el papel de estas contradicciones como factor de desintegración del sistema colonial español. Y por otra parte, si las condiciones anteriores a 1868 entre los grupos de esclavistas y el sistema colonial español contribuyeron a formar la nacionalidad cubana, esto no quiere decir que los mencionados señores sean nacionalistas. Una cosa son las contradicciones clasistas dentro de un sistema social y otra las ideas que los hombres se forjen en torno a estas contradicciones”.

La gran enseñanza de *Cómo surgió la cultura nacional* es que el ejercicio de la justicia histórica no sólo implica un acto de redención para los descendientes cubanos de África, sino una disyuntiva ineludible para la comprensión de la cultura y de la historia del país y un proyecto de elemental vocación civilizadora. Jamás Walterio Carbonell postula una tesis racista, sus exaltaciones no son contra los blancos del patio sino justamente a su favor, en tanto cubanos. Incluso por encima de elucubraciones filosóficas o posiciones políticas, sus tesis parten de esenciales presupuestos culturales y civilizadores.

Si no existieran más razones (pero existen), ésta y otras verdades como puños que citamos arriba parecen resultar suficientes para comprender algunos de los motivos de la marginación intelectual que su autor ha sufrido de por vida. Y es que todavía hoy puede asegurarse con Carbonell (por más que no apliquemos sus palabras en sentido idéntico al que él las aplicó): “Es lamentable que la concepción colonialista de la cultura mantenga vigencia entre nosotros”.

### *El énfasis, un sello*

El énfasis configura una expresión de identidad entre los cubanos. Y no es por gusto. Unos más y otros menos, con diferentes gradaciones y desde los más diversos matices, pero a todos nos cuesta demasiado prescindir de este sello, que a fin de cuentas no es sino otra testificación del torrente de fuego que originara en nuestras venas la colisión de las herencias africana y española.

Walterio Carbonell suele ser enfático. Y esto resulta con frecuencia lo menos saludable (aunque también a veces lo más atendible) de *Cómo surgió la cultura nacional*.

Sin ir más lejos, si algo cabe reprocharle a su tesis sobre los pretendidos “fundadores...”, es precisamente el tono apasionado o atrevido, y hasta un tanto absoluto, con el que proyecta cerrar la cuestión. Una (muy loable, por serena, desprejuiciada) propuesta es la de situar en su justo lugar a figuras preeminentes de las clases explotadoras como Arango y Parreño, Luz y Caballero, José Antonio Saco, Agustín Caballero y Domingo del Monte, con méritos históricos incuestionables pero a los que sin duda les ha quedado siempre grande la aparatosa y exclusivista categoría de fundadores de nuestra nacionalidad. Pero otra propuesta bien distinta (por exaltada) es descalificar-

los como agentes coyunturales de la historia de Cuba. Carbonell dedica muchas páginas de su ensayo a este tema. Pormenorizar equivaldría a extendernos más allá de las posibilidades reales del espacio y aun quizás de la paciencia del lector. De modo que no nos queda sino detenernos en la formulación, aunque sin dejar de remarcar la tremenda importancia de esta tesis que tanta ojeriza ocasionó y todavía ocasiona entre los historiadores mojigatos.

En otras oportunidades también se deja arrastrar por sus fueros. Y se da la curiosa disyuntiva de que luego de entretener una tesis bien documentada y cabal, la cierra de un plumazo enardecido que lastima el principio y oscurece el fin. Es el caso cuando, primero, sustenta con razón: “Ya mucho antes del triunfo de la Revolución, la burguesía estaba profundamente debilitada por el imperialismo, no sólo en el poder económico sino también en el poder cultural. Y también sus valores culturales habían sido socavados por las tradiciones y manifestaciones de los negros. Es así que los ritmos musicales africanos, considerados por la burguesía como salvajes hasta 1930, terminan por ser adoptados como propios. Los ritmos musicales de los barracones coloniales, ritmos por los cuales los propietarios esclavistas daban cien azotes a sus negros, se convirtieron en ritmos musicales para divertir a la burguesía”. ¿Quién podría dudar de la certeza, de la exactitud de estas afirmaciones? Sin embargo, resulta que son lastradas en el desenlace por obra del brochazo sin medida: “La música de la población blanca de la época de la colonia desapareció —concluye Carbonell— y su vacío fue llenado por la música de los negros”.

Mucho podría decirse sobre el vacío que llenaron en nuestra isla (y en el universo) los inigualables ritmos de la música tra-

ída y llevada por los esclavos africanos, pero ello no tiene por qué empujarnos a aseveraciones tremendistas como la de decretar “desaparecida” la música de la población blanca. Lo cierto, lo rigurosamente histórico, y además lo afortunado para los anales de nuestra cultura, es que esos ritmos procedentes de África comulgaron en tierras americanas con la música de los europeos, produciendo un fenómeno cultural que hoy es objeto de asombro e inagotable fuente de estudios y de influencia en todo el planeta. La música popular y, en general, toda la música de Cuba (y la de los Estados Unidos y la de Brasil, entre otras potencias musicales de este continente) no habrían conseguido sobrepasar nunca la categoría de mediocre imitación de la de Europa de no haber contado con las aportaciones vigorosas, imponentes y ricas en extremo, de los esclavos africanos. Pero si esta comunión fue posible se debe justamente a que unos no eliminaron a la otra, sino a que ambos, en insólita armonía, facturaron el milagro de la simbiosis.

Ejemplo parecido, en el que una premisa de valor desemboca en el desfase por efecto de la exaltación, es también el que sigue, dedicado al mismo asunto: “La prueba de que los conflictos de la época del colonialismo español no eran sólo de carácter económico y político es que, después del cese de la dominación española, los hábitos y costumbres musicales y religiosos de la población blanca y negra continuaron su pugna. Durante la república la cultura negro-africana y la cultura española continuaron su lucha. El conflicto dialéctico entre la cultura española y la cultura africana en Cuba ha terminado por una victoria de la música negra frente a la música de los antiguos colonizadores, por una victoria incluso de la psicología colectiva del negro frente a la

psicología social española”. Tanto en el caso de la música como en el de la psicología colectiva, donde Carbonell apunta “victoria” tal vez encaje mejor “ascendencia determinante”, y donde afirma que el conflicto entre las culturas española y africana “ha terminado”, valdría razonar si verdaderamente terminó, es decir, si está agotado o si —por fortuna— aún conserva un potencial para seguir enriqueciéndonos dialécticamente.

Por otro lado, me gustaría acogerme al amparo de la duda ante esta nueva afirmación en la que Carbonell raya el exabrupto: “Si la burguesía cubana hubiera obtenido un triunfo resonante en 1898, un triunfo sin aliados imperialistas, y hubiera realmente mandado en la república, los mitos de las religiones africanas se hubieran estrellado contra el poder de esa burguesía. Y entonces la persecución burguesa contra los portavoces de las religiones africanas hubieran dado los resultados que la burguesía se proponía: exterminar las viejas creencias africanas. Con un poder omnímodo y floreciente, la burguesía hubiera desarrollado la industria y una cultura científica contra las cuales las supervivencias religiosas africanas de la población negra de Cuba no hubieran podido supervivir”. Si juzgamos a partir de las observaciones de los estudiosos serios (Carbonell en primera línea, ya que en este propio ensayo expresa con razón que el poder español y la cultura española, desde su posición de fuerza, no pudieron opacar la religión y la cultura africanas), verdaderamente resulta muy difícil de aceptar la hipótesis del exterminio de las creencias de origen africano en nuestra tierra, y mucho menos en pleno siglo XX, no porque a la burguesía le faltaran quizás las ganas y la disposición de intentarlo, sino porque a tales alturas de la historia hubiera sido un

intento condenado al fracaso de antemano. Huelga añadir que en 1898 (incluso desde antes y más aún después), las creencias de origen africano y, claro, su infinidad de seguidores en la Isla, eran ya parte intrínseca de nuestra cultura nacional. Y es verdaderamente muy difícil exterminar la cultura mediante decretos o cañonazos.

No obstante, si el anterior razonamiento no resulta suficientemente persuasivo, agregó algo, revelador y sintomático, que también firmara Walterio Carbonell, pero esta vez con pulso sereno y apuntando directo a la diana: “Otro de los síntomas de endeblez de la cultura burguesa es la manera como se dejó contagiar por las creencias religiosas de los negros. Los dioses salvajes, los dioses comedores de niños, Changó, Obatalá, Yemayá, se civilizaron y posesionaron en los espíritus de las gentes adineradas, no para comérselos ni para cohabitar con ellos, sino para tratar de resolverles sus problemas amorosos, sus aspiraciones a ocupar una alta posición gubernamental, o para sacarles de apuros en sus negocios”. Queda dicho. Y parece suficiente. Pero si todavía alguien no lo considerase así, Carbonell aplica otra vuelta de tuerca, definitoria, siempre que se pase por alto la encrespada rigidez marxista del inicio: “Es precisamente a partir del momento en que la burguesía va siendo encadenada por los monopolios norteamericanos que pierde confianza en su destino, en su autoridad de mando y su capacidad para resolver racionalmente sus propios problemas económicos. Apela entonces a la religión, a su religión y a la religión del extraño, a esa misma religión de los negros que en la colonia y el primer tercio de la república condenara. En su religión la burguesía no encontraba suficiente poder mágico para resolver los problemas económicos. A medida que su inestabilidad

económica se acentuaba, las creencias africanas sentaban plaza en la esfera ideológica de la clase dominante. Éste es un fenómeno interesante que muestra cómo un elemento de la antigua superestructura de la clase sometida, la religión, en este caso de los negros, deviene en un elemento superestructural de la clase dominante, es decir, de la clase enemiga y explotadora”.

Igualmente sensibles a la controversia resultan las palabras de Carbonell cuando sostiene que nuestra cultura no es “pensada”, sino “prestada”. A simple vista, parece un concepto por lo menos envejecido, ya que si bien un día la nuestra pudo ser una cultura prestada (y ni así, porque entonces no era nuestra cultura), hoy ya no lo es, en lo más mínimo, y claro, tampoco lo era en 1961, fecha de la primera edición de *Cómo surgió la cultura nacional*. Por otro lado, su tesis sobre la cultura pura, que —apunta él— es más auténtica cuanto menos “contaminada” por la influencia de otras, también viene siendo muy susceptible al entredicho en los tiempos que corren: “... cabe preguntarse —se pregunta y responde Carbonell con énfasis— si nuestro pueblo ha creado una auténtica cultura. ¿Somos radicalmente diferentes de África o de España....? No, en nuestra cultura hay más de español y de africano que de auténticamente nuestro. Aun en la música, lo más logrado en la cultura nacional cubana, el aporte africano supera a lo que le hemos añadido. Desde luego que existen elementos nuevos en la música y en la poesía, y la psicología social que no existía en la cultura española y africana, y es en razón de la aparición de nuevos elementos culturales que se dice que hay una cultura nacional. Pero es una cultura nacional en estado embrionario, que está muy lejos de ser una auténtica cultura”.

Lo extraño, lo curioso, es que Walterio Carbonell haya arribado a conclusiones tan controvertibles como la anterior a partir de principios tan certeros como el siguiente: “Hay que tener una comprensión clara de la historia colonial para comprender el proceso de formación de nuestra cultura nacional, de nuestra conciencia nacional y de la Nación misma, proceso que es el producto de la lucha de clases, de la ruptura del equilibrio tradicional. El análisis del conflicto cultural es también de una importancia capital para la comprensión de todos los procesos que condujeron a la formación de la cultura nacional”.

El énfasis: he aquí el quid de la cuestión. Y unido a éste, aunque no siempre (ni siquiera la mayoría de las veces) para mal, la báscula por momentos avasalladora de la economía política y de la teoría de la lucha de clases: “Y por otra parte, Lenin precisó que en toda cultura nacional había dos tradiciones: una reaccionaria y otra progresista, y que era esta última la que debía ser salvada”. ¿Necesitaremos a estos niveles del examen introducir el parche de que ciertamente lo que debe ser salvado es la Cultura, con mayúscula, que no es sino la suma de lo mejor y lo más auténtico de las creaciones de un pueblo, cualesquiera que sean la clase o grupo social al que pertenezcan los creadores? ¿Será preciso repetir que el destino y la valía de la cultura no deben, no pueden ser regidos jamás por criterios, poderes y/o facciones políticas, por muy respetables que fuesen sus presupuestos?

### *Como la Historia misma*

La contradicción es la esencia misma de la Historia. Lo certifica Walterio Carbonell en su ensayo. Y también afirma que la Historia tiene más vidas que un gato. Pero

no se limita al enunciado, sino que pasa a demostrarlo con sus análisis, además de haberlo demostrado siempre con su historia personal. Así que a nadie debe inquietarle demasiado el tropiezo con alguna que otra paradoja dentro de Cómo surgió la cultura nacional. Cuatro o cinco cernícalos no hacen el monte. Por lo demás, ¿quién que es, no es contradictorio?

Hace algún tiempo, a propósito de este ensayo, declaró él ante un periodista de la Isla que en el momento en que lo escribió sus planteamientos estaban transidos de urgencia: “... eran los primeros años de la Revolución —dijo— y la lucha ideológica interna estaba en su punto; yo quise contribuir a que las posiciones revolucionarias en la ideología ganaran terreno. Debí volver después sobre lo que escribí, desarrollar más las ideas, profundizar en más de un aspecto, pero luego no me fue posible”. Queda en el aire una pregunta que porfiadamente nos abrasa la lengua ante su declaración: ¿Por qué no le fue posible a Carbonell revisar paciente y concienzudamente su libro, sabiendo, como sin duda sabe, que aunque se trata de un documento histórico de alto valor testimonial y muy fresca vigencia, todavía aguarda por la oportunidad de dar sus mejores frutos? No son pocos los años transcurridos entre su primera edición, de 1961, y la reedición realizada, en 2005, por Ediciones Bachiller, de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba. Así que por falta de tiempo no debe haber sido. En fin, tal como reza un viejo refrán de barracones: lo que está dentro del corazón del ñame, cuchillo sólo lo sabe.

En cualquier caso, lo que más importa es tener presente que este ensayo existe y que está ahí, al alcance de especialistas e investigadores, o de cualquier lector inquieto, propiciando, convocando, exigiendo el debate

acerca de un grupo de temas que todavía esperan ser desentrañados cabalmente. Aunque por el camino que vamos, bien podría suceder que la espera se prolongue in saecula saeculorum. De hecho, en los días actuales, cuando aún permanecen sin despejar buena parte de las incógnitas desgranadas por Carbonell desde hace 46 años, continúan brotando incógnitas nuevas, que alcanzan para colmar un libro semejante, o una continuación de aquél, la cual (y es una lástima) ya no podrá emprender su autor.

Sólo a modo de muy sencillo (y apurado) botón de muestra, viene a cuento, por ejemplo, el tema de las religiones cubanas con raíces en África. Para nadie es un secreto que en la fecha de salida de *Cómo surgió la cultura nacional*, en plena época de revolución, estas religiones seguían siendo marginadas en la Isla, y lo serían durante varias décadas más. Incluso, si hoy se toleran y hasta comienzan a ser promocionadas públicamente por ciertos sectores del poder político, es más que otra cosa como elementos folclóricos de gran atracción turística, o sea, para sacarle provecho. Siempre los poderosos, desde la época colonial hasta hoy, han sentido (más o menos) secreta debilidad y simpatía por estas religiones, pero la verdad es que muy pocas las han asumido y las asumen como lo que esas religiones son, antes y por encima de todo: auténticas manifestaciones de nuestra cultura nacional.

Carbonell insiste en 1961: “He dicho que las organizaciones religiosas jugaron un papel progresista en el aspecto político y cultural de nuestra nacionalidad. Esta afirmación quizás sorprenda a muchos por la razón de que hasta ahora ha imperado la tesis contraria, es decir, que las religiones negras son una manifestación de salvajismo. Sin embargo, esta es la tesis de los ideólogos

del colonialismo español y sus continuadores, la burguesía reaccionaria. Incluso se hace un poco sospechoso el silencio que ciertos escritores revolucionarios hacen con respecto al papel político o cultural de las creencias religiosas de origen africano. ¿Es que temen escarbar en estas cuestiones para no herir la sensibilidad de la población negra? Lo más que se puede saber por sus escritos, en cuanto a religión, es que el catolicismo sirvió de instrumento a las clases dominantes. Ahora bien, en lo que se refiere a las religiones africanas no emiten juicio; no puede saberse de ellos si estas creencias jugaron un papel progresista o reaccionario en los conflictos sociales del siglo XIX”.

Nosotros agregamos: y si apenas se ha podido conocer la valoración de tales historiadores e intelectuales “revolucionarios” sobre el papel progresista jugado por estas religiones en la historia anterior a 1959, menos todavía se conoce el que pudieron jugar después. De modo que la mejor explicación al respecto tal vez siga siendo la que podemos extraer entre líneas de otra aseveración de Carbonell: “Las organizaciones religiosas de los africanos de Cuba no sólo eran los instrumentos más eficaces en la conservación de las tradiciones culturales de los negros, sino, además, hacían función de organizaciones políticas que combatían la esclavitud. El carácter clandestino y religioso de estas organizaciones ocultaba su verdadero papel político. Carecían de un programa escrito, pero en la práctica actuaban a la manera de una organización política clandestina. Aponte no creó ninguna organización especial, su instrumento revolucionario más eficaz para luchar contra el colonialismo español y el régimen de propiedad esclavista no era otra que las organizaciones religiosas”.

Otra muestra de lo que es un excelente tema para desarrollar en libro, fuese continuación o no de *Cómo surgió la cultura nacional*, pero en todo caso partiendo siempre de su magisterio: Carbonell ataca con total dureza (y acierto) a la intelectualidad cubana de la colonia y la república por su histórica complicidad o encubrimiento ante la discriminación racial. ¿Acaso no hay nada que decir hoy sobre un nutrido (por numeroso y por bien alimentado) grupo de intelectuales de la Isla, aquellos que antes, después y ahora han silenciado, apoyado, justificado, tergiversado o disculpado nuevas (viejas) formas de discriminación racial? He dicho que siempre será provechoso partir del magisterio de Carbonell a la hora de abordar estos temas. Podríamos empezar entonces por buscarle explicación a la situación de nuestros días en sus ya inveteradas lamentaciones de hace casi medio siglo: "...porque la burguesía fundó su autoridad no sólo en el poder económico y político, sino también en el poder de las mentiras propaladas por sus hombres cultos. Y porque, además, muchas de esas mentiras son tenidas hoy por verdades, aun por aquellos que son revolucionarios, que han contribuido a liberar a nuestro país de la dominación burguesa, pero que han sido incapaces de liberarse de todo el poder ideológico de la burguesía".

Y una última insinuación maliciosa, de momento: no menos interesante podría resultar un balance, desde la luz de nuestros días, en torno a la vigencia de los enfoques marxista-leninistas en que se afínca Walterio Carbonell para analizar los orígenes de la nacionalidad cubana. Resultará sin duda una tarea escabrosa, pero en modo alguno inútil, y mucho menos aburrida. En primer término, porque no debiéramos (muy posiblemente ni siquiera podríamos) emprender

el análisis de la obra de Carbonell desde las densas burbujas filosóficas. Y en segundo lugar, porque él mismo revisa en más de una ocasión dentro de su ensayo las premisas teóricas que le dan pie.

Por supuesto que no valdría la pena (tampoco tiene demasiado sentido) culpar por sí mismo al marxismo-leninismo de los insuficientes avances que en materia de reivindicaciones sociales y económicas para el pueblo negro se han registrado en Cuba durante los últimos 48 años. En el peor de los casos, lo más que cabría reprocharle al marxismo-leninismo (y tampoco es su culpa) es que le prestase una muy funcional coartada al poder político mediante el clásico sermón de la igualdad teórica, ideal para encubrir grandes desigualdades de hecho. "Ahora todos somos iguales", seguimos repitiendo, por inercia, aunque bien se conoce, y se comenta puertas adentro hasta el cansancio, que algunos son, no dejaron de ser nunca, más iguales que otros. En el fondo (y también es conocido, aunque se adorne con rojo camuflaje), ese rasante igualitario, uniformador, responde a una psicología netamente burguesa, la misma que denunciara Carbonell, o sea, aquella según la cual los problemas de los pobres, de las masas oprimidas, mancornadas, discriminadas y sin derecho a réplica, son uno solo y siempre el mismo: que el pueblo es primitivo, simple, sin complejidades psicológicas, en tanto las mentes complejas y los conflictos existenciales resultan jurisdicción exclusiva de las personas cultas, de la burguesía y de los mandamases.

Walterio Carbonell, un hombre ilustrado, con vasta cultura occidental y con la mente compleja, prefirió, en cambio, vivir testarudamente fiel a sus raíces, a su clase y a sus principios. Y le ha costado caro. Al menos si juzgamos los pormenores atenién-

donos a lo que suele ser el desiderátum de los intelectuales tipo (que no es el suyo). Su amigo Juan Goytisolo lo ha definido como “El cimarrón del orden revolucionario, el heredero de la rebeldía de sus ancestros mambises”. Nosotros, sus lectores e impenitentes admiradores de La Habana, ya empezamos a extrañarlo, pues desde hace algunos meses no va a alumbrar desde su recogido

rincón de cada día la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional. Los años, las plagas y el azote de los ciclones terminan ahuecando el corazón del roble. Pero aquí lo tenemos todavía, con más vidas que un gato, apegado a su revolución, a la que amó y ama sin condiciones ni resquemores y, por lo que parece, también sin esperanzas.

#### Bibliografía

1- Todas las citas de Walterio Carbonell proceden de su libro *Cómo surgió la cultura nacional*, Ediciones Bachiller (Colección Escribanía, Segunda Edición Corregida, año 2005), Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, Cuba.